

¿Por qué el psicoanálisis?

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO

Bajo este título Elisabeth Roudinesco nos presenta una sugestiva reflexión sobre el lugar del psicoanálisis en la época contemporánea. Ya no corren los tiempos en que Freud fundó esta práctica y el sufrimiento que hoy agobia a los individuos se muestra con la invulnerable máscara de la depresión. Allí donde las histéricas de la invención del psicoanálisis manifestaron con su cuerpo sus desgarraduras subjetivas al tiempo que su oposición al orden burgués, ahora se ha cedido paso al individuo depresivo, desligado de los ideales colectivos, extenuado en un culto de sí y presa de una vana ilusión de independencia. Si el padecimiento histérico revela bien la huella del conflicto que lo anima, la depresión en cambio es concebida tan sólo en términos de estado, de fatiga, de déficit. La pretensión de borrar toda marca del conflicto para obtener la presentación lisa y sin aristas del individuo contemporáneo comporta, desde luego, las estrategias de normalización que operarían en el sentido de la eliminación de los síntomas. De allí que el imperialismo de los fármacos tenga como efecto el repudio de la pregunta por la causa, pues para qué formular un interrogante tal cuando los usos de nuestro tiempo peroran una eficacia que evita la complicación adicional de tener que indagar por la determinación histórica de los propios padecimientos. En medio de este panorama podemos decir que la subjetividad rechazada deja nítida marca de su exclusión en el surgimiento del individuo depresivo.

La derrota del sujeto es el saldo de prácticas discursivas que

han pretendido cercenar la función del inconsciente, la sexualidad y la muerte, a favor de la concepción híbrida del hombre-máquina; punto en el cual toda una corriente científicista, que no científica, pretende reducir al ser humano a su sistema físico-químico. Aún el más breve recorrido por los “descubrimientos” que de tanto en tanto se anuncian para explicar por la biología los hechos humanos no deja de sonar sospechosamente reiterativo: que el suicidio se debería a la producción anormal de serotonina, que el secreto de la homosexualidad estaría en el hipotálamo, o que finalmente se habría aislado el cromosoma que la provoca, etc. Este reduccionismo neurogenético ha encontrado fuerte oposición en varios miembros de la comunidad científica. Al respecto, Roudinesco cita una intervención de Steven Rose, neurobiólogo británico, quien señala con suma claridad las condiciones políticas que suelen dar despliegue a este tipo de ideas: se trata de países con gobiernos de derecha que se empeñan en encontrar soluciones individuales a problemas sociales. Esta escalada científicista ha tenido su más notable vocero en la psicología, ya no sólo considerada como lo hacía Canguilhem, en 1956, como una “filosofía sin rigor”, “una ética sin exigencia” y una “medicina sin control”, sino como una verdadera barbarie. Resulta claro que lo que este autor combate no son las investigaciones actuales sobre la actividad cerebral o sobre los genes, sino la posición ecléctica de la psicología cuando toma prestados modelos y resultados del campo de la ciencia, evitándose la pregunta por la

particularidad

particularidad de lo humano. A esta altura del trabajo de Élisabeth Roudinesco no es posible dejar de evocar el compromiso en que se vio envuelta la psicología en su nacimiento, al tomar como norte el juramento que orientó la cruzada de la Sociedad Berlinese de Física. Helmholtz, Ludwig, Dubois Reymond y Brücke juraron defender “la verdad”, verdad que para ellos no era otra que sostener que en el organismo sólo actúan fuerzas físicas y químicas y que todas las leyes biológicas pueden ser reducidas a éstas sin dejar resto; misma posición que adoptó la naciente psicología alemana. Misma posición también que vemos resurgir en la escalada cientificista que caracterizó los últimos años del siglo XX. Resulta en todo caso notable que las críticas más violentas contra el psicoanálisis provengan de esta nueva religión que, empeñada en poner a prueba su validez, somete los hallazgos clínicos del psicoanálisis a encuestas y experimentos. Al repasar el objeto de estos estudios se entiende bien por qué “el psicoanálisis murió en norteamérica”: pretendían comprobar experimentalmente la represión, someter a *test* el complejo de Edipo, medir la libido, incluso aspiraban a acuñar su unidad de medida: *iun freud, dos freud!* En todo ello, los psicólogos norteamericanos olvidaban que el psicoanálisis tiene su propio método de investigación y obraban según sus usos, injertando procedimientos.

Pero quizá más allá de la puerilidad de estos experimentos, lo más inquietante del destino del psicoanálisis en Estados Unidos fue el repudio que causó el concepto freudiano de fantasma. En los primeros años de su práctica analítica Freud se vio precisado a modificar su teoría inicial de la etiología de las neurosis; así pasó a ubicar en el nivel de la causa al fantasma y no al trauma, tal como figuraba en sus elaboraciones iniciales. En 1984, Jeffrey Moussaieff Masson, después de revisar los *Sigmund Freud Archives*, terminó afirmando, sin pruebas, que Freud había renunciado a la teoría del trauma sexual por cobardía, al no querer denunciar los abusos y maltratos de que son objeto los niños y que, por tal razón, había enmascarado esta verdad inventando el concepto de fantasma. La publicación en que Masson dio a conocer sus afirmaciones fue todo un éxito, lo que se llama un *bet-seller*. Resulta entonces evidente que gracias a ese texto el puritanismo que habi-

ta al espíritu norteamericano encontró caro alivio: la sexualidad culpable halló expiación en la teoría del trauma: al sujeto no le cabía ninguna responsabilidad en su padecimiento; del carácter demoníaco y “externo” de la sexualidad era posible desprenderse, etc. Todo ello culminó en un delirio victimista empeñado en encontrar huellas visibles de traumas y vejámenes. De modo que en estos tiempos de soledad e individualismo, el único lazo valorado con el otro es aquel en que éste ocupa el lugar de víctima inerme e inactiva. Esas son las seducciones nefastas de nuestro tiempo: entre el pragmatismo que perpetúa intervenciones en nombre de una eficacia entendida como eliminación de la traza del conflicto y la victimización que sólo se interesa en el individuo a cuenta de medir el traumatismo sin interrogar su causa.

En medio del actual panorama ¿qué lugar puede tener el psicoanálisis? Para Élisabeth Roudinesco el psicoanálisis es “una respuesta humanista al salvajismo suave y mortífero” de las sociedades modernas que sólo ven en el hombre una máquina biológica y promueven soluciones químicas para los sufrimientos psíquicos. En este sentido hay que recordar que Freud no cedió jamás a la tentación de achatar su teoría del psiquismo en localizaciones anatómicas. Cuando formulaba su teoría del inconsciente, en su primera tópica, advertía contra la inclinación de pretender ver sus modelos en preparaciones anatómicas. A la idea del hombre-máquina, que desconoce lo real del goce del cuerpo y equipara el pensamiento con un mero juego computacional, el psicoanálisis opone el hombre-trágico, aquel que, descubierto en la clínica, fue expresado cabalmente por los héroes trágicos *Edipo* y *Hamlet*. El hombre ya no es más dueño de su casa, no sabe de los hilos con que teje su destino, pero no por ello resulta menos responsable de su condición.

Freud señaló cómo los descubrimientos del psicoanálisis le significaron una herida al narcisismo de la humanidad, al indicarle la escena inconsciente que gobierna a quien se pretende amo de sus actos y decisiones. La incomodidad de esta destitución del narcisismo será mal tolerada en las sociedades que gocen con el adormecimiento que procuran los objetos de consumo. Situación

que, por supuesto, lleva a pensar en las condiciones de posibilidad para la inscripción del psicoanálisis en las sociedades modernas. Para que ello sea posible, la sociedad de que se trate deberá, en primer término, aceptar conscientemente la existencia del inconsciente. Pero de manera más específica, Élisabeth Roudinesco sitúa dos condiciones para la existencia del psicoanálisis en una sociedad dada: por un lado, la constitución de un saber psiquiátrico sobre la locura que la distancie de la idea de posesión demoníaca y, por otra parte, la existencia de un Estado de Derecho que garantice la libre circulación del saber y la libertad de asociación. De tal manera que fue por la ausencia de una de estas dos condiciones que el psicoanálisis no logró implantarse en algunas sociedades. Los totalitarismos han cercenado la posibilidad de existencia del psicoanálisis tachándolo de “ciencia judía”, o de “ciencia burguesa”. Las observaciones de Roudinesco sobre el “geopsicoanálisis”, término que toma de Derrida para referirse a las formas de implantación del psicoanálisis en las diferentes partes del mundo, se revierte para nosotros en una pregunta totalmente pertinente por cuanto nos lleva a situar las condiciones particulares de la miseria que habitamos ~~en~~

ÉLIZABETH ROUDINESCO, *¿Por qué el psicoanálisis?*
Buenos Aires, Paidós, 2000. 130 páginas. Título original:
¿Pourquoi la psychanalyse?, Paris, Arthème Fayard, 1999.
Traducción: Virginia Gallo

DESDE EL JARDÍN DE FREUD, CUERPOS Y COCES CONTEMPORÁNEOS, ES UNA EDICIÓN DE LA ESCUELA DE ESTUDIOS EN PSICOANÁLISIS Y CULTURA, DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA. LA CARÁTULA Y PORTADILLAS DE SECCIÓN ESTÁN ILUSTRADAS CON REPRODUCCIONES DE ÓLEOS DEL MAESTRO GERMÁN LONDOÑO, Y LOS ARTÍCULOS CON IMÁGENES TOMADAS DE: *DICCIONARIO ILUSTRADO DE LOS MONSTRUOS* DE MASSIMO IZZI, *MONSTRUOS DEMONIOS Y MARAVILLAS* DE CLAUDE KAPPLER, *LITERATURE SXVI* DE ANNE BERTHELOT Y FRANÇOIS CORNILLIAT Y *LITERATURA FANTÁSTICA* DE EDICIONES SIRUELA. EL TEXTO PRINCIPAL DE LAS 228 PÁGINAS QUE COMPONEN ESTE TRABAJO SE ARMÓ EN CARACTERES ZAPP HUMANIST, LAS NOTAS RESÚMENES Y TÍTULOS EN HUMANIST 521. SE UTILIZÓ PAPEL BEIGE DE 70 GRAMOS Y EL TAMAÑO DEL VOLUMEN ES DE 24 x 21,5 CM. LA IMPRESIÓN SE HIZO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE UNIBIBLOS. LA DIRECCIÓN EDITORIAL, SELECCIÓN DE ILUSTRACIONES Y CURADURÍA ES DE LUIS BERNARDO LÓPEZ CAICEDO. ACTUÓ COMO COEDITORA SYLVIA DE CASTRO KORGÍ. LA PUESTA EN CARÁTULA SE TERMINÓ EN EL MES DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 2002, EN UN DÍA COMO CUALQUIERA EN EL QUE PARA MUCHOS "LOS DESAPARECIDOS SON LA MEMORIA VIVIENTE DE QUIENES DEAMBULAN POR EL MUNDO CON EL DOLOR DE SU AUSENCIA Y LA NECESIDAD DE DIALOGAR CON LA IMAGEN QUE ESTABLECE EL PUENTE ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE!"*



Alberto Martín, Sombra.